

za. Los que me suministraron estas noticias no habían asistido á esta ejecución, pero habían oído los gritos del último jefe degollado por los *fadab*. Su hijo y parientes, advertidos por esta desgracia y la de otros antepasados de la familia, han renunciado al poder declarando que «esta profesión es impía, porque la lluvia sólo depende de la voluntad de Dios.»

La idea que tienen de la divinidad y la inadmisión de la esclavitud prueban que los *bareas* se han elevado á mas alto grado que los otros *negros*. Cuando se les pregunta la razón, responden sencilla y gravemente: *todos somos esclavos de Dios*. Los prisioneros que hacen en la guerra no tienen nada que temer: lejos de ser vendidos, se enlazan á las familias de sus dueños, casándose con sus hijas, luego que han probado ser útiles para la agricultura á que se les destina y fuertes para la guerra.

Tengo razones para creer que los *bareas* han sido cristianos hace algunos siglos. Pero esta cuestión no cabe en este lugar y la reservo para otro. Vuelvo á mi itinerario.

VIII.

Lagos Balaghiuda.—Otro león.—Takrurit.—Sulib.—Tchaghié.—Expedición misteriosa.

No quisimos tomar agua en Dunkuas, seguros de hallarla á 10 kilómetros de allí, en Balaghiuda. Llámanse así dos pequeños y bellos lagos, próximos á la margen derecha del Barka y que tienen agua solo en cierta época del año; el resto del tiempo no ofrecen mas que un fondo de tierra vegetal parduzca que cubre una planta rastrera cuyo nombre ignoro. Llegamos al primero de los lagos dominado por una bella colina, á donde subí para reconocer la comarca. No había ni una gota de agua, y era medio día; estábamos además muy cansados, y habíamos de andar tres horas mas para llegar á los pozos de Deghi.

Una débil esperanza nos quedaba aun: hallar agua en el segundo lago, separado del primero por algunas undulaciones del terreno, sombreado de palmeras *dum* magníficas. Un hombre fué á requerirlo y volvió al cabo de un cuarto de hora trayendo una buena noticia.

Corrimos, pues, al lago, que encontramos cenagoso y marcado profundamente por pisadas de elefantes que convergían á dos balsas de aspecto poco atractivo para seres humanos. Leve inconveniente: el que viaja por Africa no debe fijar la vista en el color pardo, verde ó negro del agua que bebe. Una prodigiosa cantidad de insectos fluviales habían vivido en estas aguas y se corrompían en los parajes desecados. Nosotros acampamos entre las dos balsas, sin abandonar las armas, precaución muy oportuna, porque á la mañana siguiente, en el momento de levantar el campo,

los rugidos de un león se hicieron oír á quince pasos de nosotros. Y es que á la salida del sol tenía por costumbre el rey del desierto venir á beber á el lago: nuestra presencia lo incomodaba considerablemente, porque no osaba abrirse camino por entre nosotros (lo que no le hubiera sido difícil) para llegar á su aguada y sus constantes rugidos, que hacían temblar á nuestras bestias, espresaban su gran impaciencia y nos decían claramente. ¿Queréis iros ya de aquí? Nuestros hombres se permitieron algunas bravatas, pero aceleraban lo posible la carga del equipaje.

Nada de particular que decir desde aquí á *Takrurit*, nombre que parece recordar los *takruris* á los peregrinos musulmanes del Africa ecuatorial que atraviesan todos los años la Nubia. Pregunté á este propósito, y supe que en efecto los *takruris* tenían en otro tiempo costumbre de tomar este camino para ir á embarcarse á Masaúá; pero muchos años antes de mi viaje, una tropa de ellos había tenido su colisión con los indígenas del Sennaheit, y fue completamente degollada, á escepcion de un solo individuo, lo cual hizo á sus hermanos abandonar este camino desde entonces nefasto.

Después de *Takrurit* se pasa sucesivamente á *Sulib* y á *Tchaghié*. Al dejar este último campamento, algunos camelleros de los *beit bidel* nos trajeron la noticia de que Mr. de B. de quien ya he hablado, se había resuelto á instalarse en *Kufit* con sus setenta hombres. Para no tener que hablar mas de esta expedición, que tanto se ha comentado, voy á resumir aquí lo que supe de ella entonces y he sabido después.

Mr. de B., á quien había yo visto muchas veces en *Khasala*, había ido allá provisto de una autorización general del gobierno egipcio para hacer requisiciones ilimitadas de hombres y caballos, dinero y transportes para un gran material de guerra. Sus proyectos ulteriores que me fueron revelados por muchas indiscreciones, y sobre las cuales me ha de ser permitido guardar reserva aquí, no estaban basadas en un conocimiento profundo, ni mediano siquiera del país. Después de muchas vacilaciones y de dos meses de inútil permanencia en *Taka*, Mr. de B. partió el 2 de abril dirigiéndose á *Kufit* acompañado de unos cuarenta europeos (franceses la mayor parte) y unos treinta africanos: además llevaba doscientos egipcios de tropas regulares por escolta. En *Bicha*, los *bareas* que ocupan la mitad de la población, se recelaron de semejante tropa y se opusieron á su paso. Mr. de B. acampó con su gente cerca de los pozos en la llanura bajo un calor sofocante, desde donde parlamentó algún tiempo hasta que impacientado mandó darles una carga. Entusiasmada su gente por el singular ejemplo de *Mad. de B.* que marchaba en primera fila, avanzó en buen orden y á bayoneta calada; y

los *bareas*, aunque reforzados por muchos centenares de montañeses, temieron una derrota y capitularon. En su consecuencia suministraron dócilmente lo que se les exigía.

El día siguiente, Mr. de B. ya en *Kufit* se puso en relación con los *bareas*, quienes se mostraron muy dóciles á sus deseos y le cedieron un vasto terreno á lo largo del torrente por unos cuantos cientos de dólares, suministrados en mercancías. Sin perder momento se puso á construir en él un fuerte cuadrangular; pero entre tanto se formaba contra sus proyectos una conspiración entre los altos funcionarios de *Khasala*; y con pretexto de que su actitud ponía en peligro el poder egipcio en Nubia, el *scchil* *Soliman-Bey* llegó súbitamente á *Kufit* con ochocientos caballos, espulsó violentamente á la pequeña colonia, demolió sus trabajos, arrebató sus provisiones y la precisó á volver á pie á *Khasala* por medio de un desierto de 39 leguas.

El sátrapa de *Khartum*, el salvaje *Muza-Bajá*, contestó á la queja de Mr. de B. una carta estúpida ó insolente. «Los soldados egipcios, decía, no pueden haber cometido actos de pillaje; y es indigno de una persona de la calidad del conde venir con semejantes acusaciones.» *Muza-Bajá* había adulado á Mr. de B. hasta que creyó poder insultarle sin peligro. Mr. de B. por su parte ha exigido al gobierno del virey una indemnización de 10.000.000, y el estado del negocio, que se ventila actualmente, me prohíbe todo comentario.

Sea lo que quiera, los *bareas* se han mostrado muy pesados de la espulsion de Mr. del B. Todas estas tribus del *Barea*, atrozmente vejadas por la administración mas rapaz y cínica que hay bajo el sol, habían visto en este grupo francés un nudo de fuerza material y moral que podía garantizarlos de los excesos de que eran víctimas, sobre todo desde hace un año ó dos. Estas poblaciones ni siquiera pensaban en sustraerse al poder egipcio, á lo menos mientras esperaban se pusiera en práctica el régimen moderado que se les prometiera por *Said-Bajá* en 1856. Como son musulmanas no tenían nada que ganar con someterse á las leyes de la Abisinia: permaneciendo egipcias y agrupándose moralmente alrededor de una colonia francesa bastante fuerte para protegerlas contra las vejaciones ilegales que el virey no conocía ni confesaba, le hubieran dado en buenos oficios el equivalente de lo que recibieran de él en seguridad. Yo sé que los *saberat* no esperaban mas que su establecimiento en *Kufit* para abandonar sus pueblos y venir á edificar una ciudad alrededor de él. Aun hoy preguntan los *bareas* á los viajeros «si el conde volverá para librarlos de los ladrones.»

Mr. del B. perjudicó sus proyectos con una actitud equívoca y misteriosa que enfrió á los unos y

alarmó á los otros. Ha perdido una partida magnífica y ha dado motivo á acusaciones de que no puede hablarse hoy; pérdida tanto mas sensible, cuanto que en la organización de una tropa compuesta de elementos heterogéneos, había mostrado verdaderas aptitudes de jefe colonial.

IX.

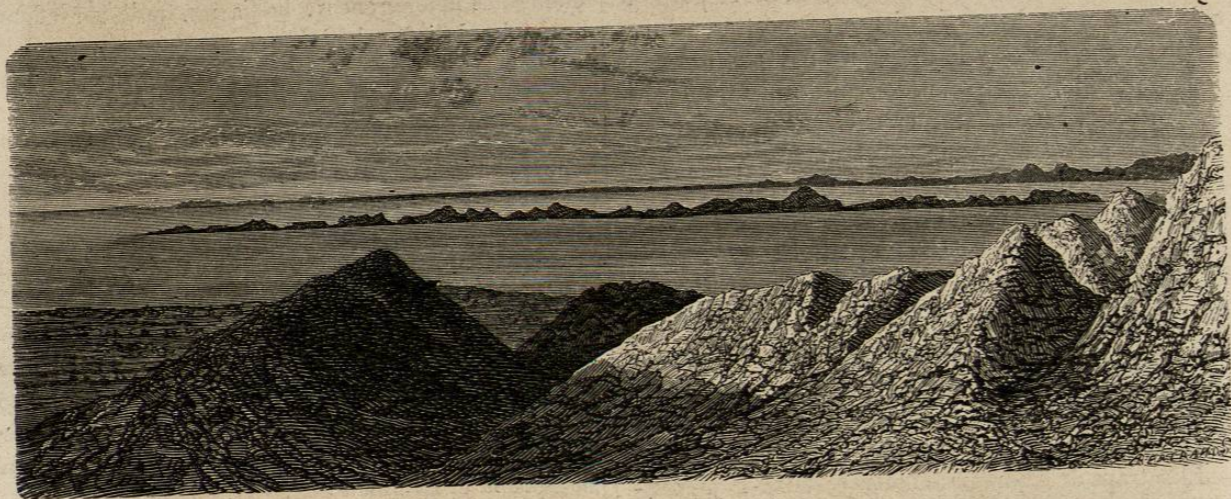
Karovel.—Una escaramuza.—Un poeta bandido.—El *Zadamba*.—Un gran barón abisinio.

En *Tchaghié* me despedí de las últimas palmeras que no debía volver á ver en tierra de Africa. El tamarisco con sus finas ramas articuladas como las patas de ciertos coleópteros, su tronco caprichosamente torcido y su apariencia de sauce lloron, me acompañó mas tiempo: gustaba yo de verlo tanto mas, á pesar de su lúgubre apariencia, cuanto que me anunciaba siempre la proximidad del agua. El suelo donde había acampado este día era bastante flojo, como lo demostraba la presencia de muchos *kantur* (nidos de termites) abandonados y cubiertos de espesos chaparrós: de uno de ellos, que tenía 5 metros de alto, saqué un diseño.

A tres horas de *Tchaghié* llegué á *Karovel*, lugar de mala fama por la espesura de sus bosques de tamariscos que favorecen los golpes de mano de los *bareas* y han dado su nombre á esta parte del valle. El año precedente, Mr. Cameron, mi colega británico estuvo espuesto á caer aquí en una emboscada de cincuenta *bareas* que lo espían, porque estos merodeadores tienen sus espías en todo el *Barka*. Este recuerdo debía hacernos prudentes; pero confiando en nuestro número, nuestras escopetas y lanzas, marchábamos á la desbandada. El sol se había puesto ya y nos disponíamos á vivaquear, cuando ví á la cabeza de la columna brillar tres ó cuatro fulguraciones seguidas de otros tantos retumbos y confusas voces. Pedí al instante mi escopeta y me dirigí al paraje de la escena. Ya mis criados abisinos comenzaron á poblar el aire de fúnebres *jau! jau!* grito de alarma del país. Sin calumniar al bello sexo, séame permitido decir de paso que es aficionado á llevar las cosas al melodrama. Rogué, pues, á mi gente que no me anticiparan el *de profundis*, y llegando al teatro del acontecimiento, encontré á *Stella* parlamentando con los enemigos, que podían ser unos treinta hombres, y los míos se esforzaron en contener á *Eduardo*. El bravo hijo de *Atila*, con el rostro inflamado se removía repitiendo en mal árabe: *¿Fan lanzan edrob?* (¿Sobre quién disparo?). Cambiadas esplicaciones, resultó que teníamos en frente una partida de pacíficos mercaderes de *Masaúá*, que con la misma desconianza que nosotros habríamos creído que éramos ladro-

nes: su guía fue el único herido de la refriega: este hombre era un *beni-amer*, conocido por el mejor poeta y el primer ladrón de todo el Barka. No hay que

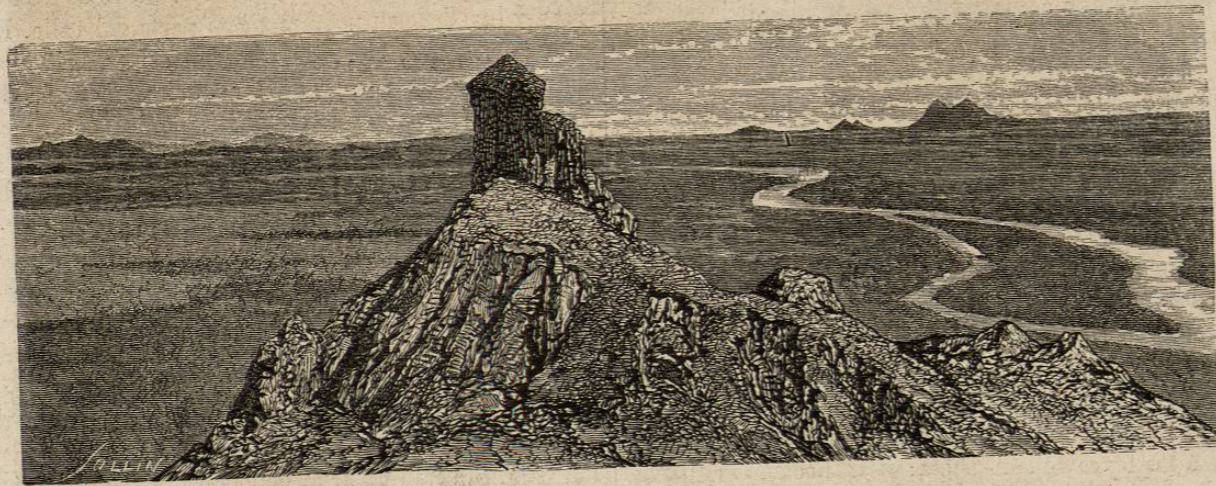
extrañar la asociación de estas dos antitéticas palabras: quien háya oído el poema oriental *Antar ó Kuruglu*, comprenderá desde luego el carácter del bandido heró-



Isla de Dessi, vista desde el Ghedein.

co, que luego que ha dado un buen golpe de mano, se sienta sobre un risco é improvisa un canto de triunfo. Entre los nubios, el robo es una cosa tan honorífica como en la antigua Esparta ó en Italia antes de los

romanos; y un jóven que aspira á ser adorado por las ardientes y morenas doncellas de las tiendas ó del *tukul*, ha de alegar siquiera en merecimientos una escaramuza, ó una docena de vacas bien robadas. Al



El Gach visto desde Amed-Cherif.

vernos, nuestro hombre se habia venido sobre nosotros, lanza en ristre, haciendo un ensayo de *fantasías guerreras*, interrumpidas por una bala que fué á darle en la pierna. Stella le hizo la primera cura, y se hicieron las paces en el mismo campo de batalla; pero he sabido despues que á su vuelta al pueblo, las jóvenes le zumbaron por haber recibido un balazo por detrás, y que él prometió volver por su honra puesta en duda. Creo que si vuelvo á pasar por

aquel sitio, haré bien en llevar el dedo en el disparador de mi revolver: hombre prevenido vale por ciento.

Saliendo de este mal paso entré en el ancho y hermoso circo, cuyo principal accidente es el monte Takil, y los pozos de Adardé la estacion comun de las caravanas. Vése allí una gran zona de tierra cultivable, producto de los arrastres de las aguas que allí confluyen; pero no observé ninguna señal de



Escaramuza en el bosque de Karovel.

cultivo. Con gran dificultad trepé á la cima de una montaña completamente aislada á 800 metros al Oeste de Adardé, excelente punto de vista para dominar la comarca y sacar el croquis. Lo que me chocó desde luego fue una bella planicie que aparecía á 5 horas al Sudeste, que se pegaba por su izquierda á las montañas de los bogos: era el famoso Zadamba, una de las dos montañas sagradas del Sennaheit, las únicas que han conservado vestigios del cristianismo abisinio. Yo no conozco el Zadamba sino de haberla visto á lo lejos, pues me faltó tiempo para la escursión que me habia propuesto hacer por esta parte: pero me desquité en lo posible preguntando á los indígenas.

El Zadamba, propiamente así llamado, es una meseta de una fanega ó dos de superficie en la punta Sudeste de dicha montaña, y unida á ella por un paso casi tan estrecho como el famoso camino que conduce al paraíso musulmán por encima del infierno. Un negro abisinio edificó aquí un convento hace cuatro siglos, y afectó á su sostenimiento las rentas de una población del Tigris. Cuando la provincia de Barka se hizo musulmana, los cinco ó seis monjes que habitaban este monasterio, viéndose en peligro de ser sorprendidos y asesinados por fanáticos, hicieron ellos mismos impracticable el camino, interceptándolo con zanjas y enormes rocas. Así, pues, la visita al Zadamba ofrece serios peligros á quien no tenga el ágil y seguro pie de los abisinios. De vez en cuando un monje sale de allí para ir á demandar algunos socorros ó cambiar por víveres su modesta renta, y á pesar de su práctica en tales parajes, algunos han rodado, según dicen, al fondo precipicio. Se me ha hablado también de otro monje que habiendo engrosado, después de su llegada al convento, no se atrevió ya á pasar otra vez el camino del puente. Confieso que no comprendo cómo engruesan los que se ven reducidos á la mezquina pitanza del monje abisinio. Muchos he visto en verdad, y si bien he conocido más de un *quiez* (cura párroco) cuya papada demostraba eficazmente la riqueza del curato ó la liberalidad de sus feligreses, el *monoché* (monje, fraile) es un hombre rígido, austero, desdenoso de toda sensualidad, y he visto entre ellos más de un rostro iluminado por tanto esplendor ascético como los tipos más ponderados de un Zurbaran. Recordando, sin embargo, la visita al Zadamba á los aficionados á la historia etiópica: parece que el convento posee una biblioteca donde se guardan cinco ó seis manuscritos de valor y acaso una crónica del Sennaheit, que sería un monumento inestimable.

Sobre la izquierda, y muy cerca de nosotros, se desenvolvían unas colinas dominadas por una aguda montaña, donde vive actualmente la reducida tribu de los *beit-gabhru*. Dividíanse éstos originariamente

en tres fracciones que acampaban, la una en Moga-rech, la otra en la llanura vecina, y la tercera al pie del Chinara. Ciertas divisiones intestinas los debilitaron mucho, y en 1850 los algheden les dieron el último golpe con una razzia en que les robaron muchas mujeres, vendiéndolas luego en Taka como esclavas. Escaparon de las razzias de 1854; pero hacia 1860 los *bedjuk* con quienes tenían enemistad, los invadieron otra vez y los arruinaron robándoles sus ganados. Vengáronse ellos á su vez tomando parte en la invasión del *Bedjuk* por los abisinios; pero demasiado debilitados ya para conservar una posición fronteriza que los esponía á nuevos desastres, se anexionaron á los bogos de Keren, después bajaron á Bora, estableciéndose desde aquí hasta Haggatz y en la meseta que lleva ahora su nombre (*Rora-Beit-Gabhru*). Algunas fracciones permanecen en Keren, en Ona y en los Halhal. Los de Ona pasan por revoltosos, y la masa de la tribu les reprocha las fechorías, cuya solidaridad, bajo el punto de vista de las costumbres del país, recae sobre toda la parentela.

Continué subiendo el Barka y pasé por el pie del aislado mazgo del Dorotai, donde comienza el territorio de los bogos. En este desgraciado país en que la fuerza es casi la única ley y el terreno productivo es muy escaso, cada fanega de pan llevar ó de pastos es reivindicada por muchas poblaciones vecinas, y la lanza es quien decide siempre que la prescripción no está determinada por una posesión no interrumpida. Entre musulmanes, los negocios se arreglan por lo general amistosamente: entre tribus cristianas ó juzgadas tales, hay el arbitraje soberano del delegado del Nègo, el poderoso jefe *Hailo*, gran barón del Hamacen que pretende un derecho feudal sobre toda esta frontera, y lo tiene de dos maneras: primero por sus contingentes armados; después porque el fértil Hamacen es el granero de abundancia al cual estas tribus están precisadas á recurrir en tiempo de hambre. La situación política de la Abisinia me prohibía ir á ver á Hailo á su residencia de Tzazega, y lo sentía, porque nada hay más propio para hacernos comprender la corte feudal de uno de nuestros grandes varones del tiempo de Felipe Augusto, como la de un gran señor abisinio, cuando es como Hailo, príncipe hereditario del feudo que gobierna. Cuando las tribus cristianas son molestadas por súbditos egipcios, Hailo baja de sus alturas y se hace justicia á sí mismo, único medio de hacerse respetar de las autoridades egipcias, cuyo desden oficial para con los abisinios, oculta mucho fanatismo y no poca cobardía, según se ha podido ver anteriormente.

A fines de julio último, los halhal, hermanos de los bogos molestados por los bogos, apelaron á Hailo, el cual no se hizo sordo. En efecto, cayó sobre los agresores cerca del Debra-Salé, mató sesenta hom-

bres, cogió ciento cuarenta camellos, trescientas vacas, cinco ó seis mil cabras, y volvió á Keren. El jefe de la tribu despojada, *Beged-Oued-Mamud*, vino cerca de él y trataron una paz provisional. Los prisioneros recobraron su libertad, y fueron devueltos los camellos á precio de 600 talaris (3,150 francos) rescate módico en verdad. Es probable que esta paz impuesta no dure más que hasta que Hailo deje de mandar en el Hamacen. El terrible Nègo no está por vasallos ilustres, y no consiente á Hailo, sino en consideración á los grandes servicios que le prestara en la guerra civil. Aun así lo hace vigilar por un *fit aurari Gared*, especie de teniente general de los que se lo deben todo y todo lo perderían el día en que faltara el Nègo. ¡Eficaces instrumentos de dominación absoluta! Hailo es muy aficionado á los europeos, y yo habria pasado en su compañía algunas horas con seguridad; pero *Gared* no hubiera dejado de denunciar á su querido colega, y acaso me hubiera enviado á mí cerca del Nègo, viaje que tenia yo razones personales para no desear.

X.

El Sannaheit.—Visitas.—El duque Ernesto.—Beugú.—Llegada á Keren.

Dos ó tres leguas más allá de Dorotais, me encontraba en un valle, cuyo fondo está ocupado por los barkas, y donde están las tierras cultivables de Haggatz pertenecientes á los *beit-gabhru*. Estos eran en otro tiempo una poderosa tribu que las diversas desgracias han reducido á unas sesenta familias, las cuales se han confundido con los bogos, á quienes han aportado la propiedad de sus tierras, ó más exactamente, un derecho legal de reivindicación. La extensa meseta que dejé á mi izquierda les ha debido su nombre de *rora* de los *beit-gabhru*.

Caminé hasta el pie del *Acheleuko* que erguía á mi derecha su sombría y pelada cima. En este sitio el Barka torcía hacia la derecha y recibía por la parte del Oeste un torrente que á mi parecer descendía del Debra-Salé. En la confluencia se alza una colina muy pintoresca desprendida de la *rora* que el Barka, furioso ha corroído hasta formar como una muralla hecha á pico de bellísimo efecto. Mientras que mis compañeros reposaban á la sombra de un grupo de pomposos árboles, trepé yo por la colina para dominar los valles vecinos, y reconocí que este terreno cerraba por la garganta un fértil circo, aun cubierto de altos rastrojos de durra, restos de la última cosecha. Este circo pertenece á los bogos, lo mismo que el extenso valle de Beugú que tenía delante de mí. El *Acheleuko* es una magnífica atalaya para estos pastores, cuyos vigilantes pueden ver fácilmente, á pesar de lo frondoso del país, cualquier partida

de ladrones de ganado: así que las razzias ordinarias no tienen lugar más que en las noches sin luna.

Por aquí entré en el país montuoso que los indígenas llaman enfáticamente el *Sennaheit*, esto es: el país hermoso por excelencia; énfasis que tiene algo de conmovedor, porque revela en estos pobres montañeses su profundo amor á una patria que no es del todo generosa para con ellos. Sin embargo, si el *Sennaheit* no puede sostener la comparación con la Abisinia, de que forma la grada inferior (sobre 700 metros sobre el Barka y 800 sobre el Hamacen), es muy superior bajo todos conceptos á los más curiosos lugares de la Nubia, y fácilmente he comprendido las preocupaciones de que ha sido objeto. Yo habia sido visitado por varios misioneros lazaristas, por un joven viajero suizo, Mr. Werner Munzinger, que lo tomó por patria adoptiva, y por el cónsul británico Mr. Plowden; cuando en 1858 un viajero francés, llamado Mr. A. de Courval, en busca de cazadores de elefantes, lo atravesó completamente, sacó su mapa y publicó una noticia laudatoria, que coincidiendo con una buena monografía de Munzinger, puso en moda á los bogos.

En 1862, el duque Ernesto de Sajonia-Gotha, deseoso de cazar panteras y leones en las insanas orillas del Ainsaba, vino á instalarse á Keren con su pequeña corte; y este viaje, que á poco costó la vida á la duquesa y á algunas de sus damas de honor, atacadas de fiebres terribles, ha valido al mundo una publicación lujosa y harto interesante para atraer nuevos exploradores. Yo puedo asegurar que esta augusta visita, convertida para los bogos en una lluvia de talaris, no ha tenido para estos pastores, que aun conservan la primitiva inocencia, el desastroso efecto de las imprevisoras larguezas de Mlle. Alexina Tinne con los bribones que hacen el comercio del Río Blanco.

El duque Ernesto, antes de abandonar el *Sennaheit*, creyó hacer un acto de cortesía enviando la gran cruz de su orden á Teodoro II. No hay que decir que el terrible hijo de David se guardó mucho de usarlo. En las ideas feudales de los abisinios, cualquiera que acepta una orden extranjera, queda como dependiente del soberano que se la otorga. Esta idea dominaba también entre nosotros en la edad media; pero nuestros tiempos positivos han desvanecido todos estos recuerdos de la antigua caballería.

Por espacio de dos horas estuve subiendo un valle de 600 metros de anchura, llamado Beugu, cubierto de variada vegetación, donde altos boababs (*dimas* en lengua del país), enteramente despojados de su follaje á la sazón, muestran de trecho en trecho sus enormes troncos grises, y sus ramas despuntadas que asemejan vagamente á manos de gigantes. El valle de Beugu, que comienza mucho más lejos al Sur,